



Brújula
Volume 13 • 2020

Travesía Crítica

Ser convocada por la tierra.
La escritura de las huellas de Cristina Rivera Garza

Carolina Sánchez*
Rutgers University

Rivera Garza, Cristina. *Autobiografía del algodón*.
Kindle, ed., Penguin Random House, 2020. 273.

Este libro cuenta una historia entrelazada de muchas historias: los recorridos de los abuelos de la narradora y de miles de familias nómadas que trabajaron como agricultores de algodón en la frontera nordeste entre México y Estados Unidos en los siglos XX y XXI. Es la historia de cómo la producción destructiva del algodón intentó vencer la aridez del desierto y a través de la agricultura transformó el paisaje y las vidas de tantos. De cómo la modernización, la explotación de la tierra y los campesinos, abrió el camino para la violencia y las guerras civiles como las que se viven hoy en el territorio. Es la historia de una reforma agraria negociada durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, de un sistema de riego

* © Carolina Sánchez 2020. Used with permission.

que desvía las aguas del Río Bravo. La historia de lugares que ya no existen, pero dejaron huellas. Es una historia geológica, que mapea, trae imágenes y documentos de archivo, les hace preguntas a las fotografías, investiga. La historia de quienes no salen en las historias oficiales, de quienes tienen otras relaciones afectivas con los territorios. Es la historia del territorio que se mueve y se transforma bajo los pies y las manos de quienes lo recorren y lo marcan, de la tierra que siente. De cómo se transforman las vidas de quienes migran, de quienes viven en movimiento.

El libro, que de forma no definitiva llamaré novela-ensayo, se divide en ocho capítulos. Antes de pasar a describirlos, quisiera detenerme en qué implica el trabajo de escritura desobediente y material de Cristina Rivera Garza (1964). Más allá de la pregunta sobre a qué género literario pertenece, parece más valioso reflexionar sobre qué hace esta escritura. Este libro recoge un trabajo de archivo, de fuentes oficiales y personales, que incluye documentos, registros de migración, mapas y fotos. También implicó hacer entrevistas, descodificar y encontrarle sentido a los recuerdos y experiencias de la autora. Buscar las historias de los abuelos, componer imágenes y hacer sellos con algodón. Viajar hasta los territorios y experimentarlos con ese ir que es en realidad regresar a los pasos originarios de los ancestros nómadas. Construir poéticas.

Hay aquí también un trabajo de investigación, que trae a la conversación las teorías, textos y argumentos de otros. Reflexiones sobre el archivo, la historia, el territorio como un agente vivo y su materialidad, la migración y la agricultura, el Estado, la frontera entre México y Estados Unidos, las relaciones de poder. En la obra, estas distintas inquietudes no son puntos de vista únicos, sino que se abordan desde múltiples perspectivas afectivas y relacionales. De ahí que una de las principales funciones del narrador es traer las voces y testimonios de otros. Así, la ficción, que es hermana de la memoria, sirve como una estructura hospitalaria, como una red, que contiene distintos textos, evidencias, narraciones, e imágenes, que más que ofrecer verdades hacen preguntas y presentan

evidencias que hacen dudar. Otra característica de la estructura de la obra es que al interior de los capítulos está dividida en fragmentos cortos precedidos por indicaciones entre corchetes, [las historias verdaderas nunca se cuentan], [Las estrellas interiores], [ser de un lugar que no aparece en el mapa] que van tejiendo las heridas e historias, de a pedacitos unidos a puntadas de palabras.

En el primer capítulo, “Estación Camarón”, Rivera Garza regresa a un gesto de su escritura desarrollado en *Había mucha niebla o humo o no sé qué* (2016) donde toma la vida de Juan Rulfo para explorar las relaciones de este autor con la escritura y con los territorios mexicanos, a partir de sus propias preguntas que exploran el pasado y el presente a la vez. En este capítulo, la autora retoma este gesto a partir de la figura del intelectual mexicano José Revueltas (1914-1976), que viaja en 1934 desde la capital a los campos de algodón, al Distrito de Riego Número 4, a registrar una huelga. Allí ve con sus propios ojos el oro blanco y la transformación del paisaje y habla con aquellos nómadas que poblan los recuerdos familiares de la narradora. Revueltas observa cómo el desierto ha sido movido de su lugar, asiste a las reuniones de la asamblea, escucha las peticiones de tierras de los trabajadores, recorre los campos y su reacción es un deseo que salvó esta historia del olvido y de la negación: se sienta a escribir, describe el movimiento que ve. Años después, Revueltas publica una novela que primero llamó *Las huellas habitadas* y luego *El luto humano* (1943).

“La pluralidad de los mundos habitados”, el segundo capítulo, comienza con las preguntas que la autora comparte con Revueltas cuando éste mira el cielo del desierto y en unas notas para su novela escribe sobre la pluralidad de la materia que lo rodea de la que su cuerpo participa. El desierto que el agua, el viento y el algodón transforman. Este territorio le hace percibir a la autora “la descentralización de la presencia humana sobre la tierra: apenas un punto en un universo definitivamente más extenso [...]. Un eslabón, quiero decir. Algo que, deleuzianamente, conecta. Los pies con la tierra, la mano con otras manos, los ojos con la mirada ignota del animal o de la planta o de la piedra o de ese otro

que todavía no alcanzamos a distinguir en la orilla de las esferas. [...] [Pertener es una palabra ardiente] Pertener es la primera condición [...]. Es la condición, también, del animal y de la planta y de la piedra. Pertener a la tierra. Ser uno con la tierra. Ser convocado por la tierra” (67). Este pertenecer, sigue la autora, tiene que ver con la participación en una comunidad o red de vida, con habitar el origen común que es la materia. Ese habitar lo rastrea la autora en las huellas de otros, en la búsqueda de la raíz plural de los pasos que atan distintas materialidades. De ahí que en este libro busque habitar las huellas de sus abuelos, siguiendo sus pasos y los movimientos de sus cuerpos, en el territorio, en las minas, en los sembrados de algodón.

En “Los que llevan a sus muertos en bolsas de gamuza fajadas a la cintura” y “Bordos”, los capítulos tres y cuatro, seguimos tanto los viajes de Rivera Garza en busca de sus abuelos paternos y de su origen como los viajes de sus abuelos en los siglos XIX y XX. Estos capítulos permiten adentrarse en el día a día de los nómadas y preguntarse cómo se relacionan afectivamente con el territorio quienes se desplazan. Asimismo, la autora reflexiona sobre los mecanismos de expulsión contra los migrantes y las precariedades causadas por las guerras civiles que afectan a aquellos a quienes, tanto en la frontera nordeste de México como en tantos otros territorios latinoamericanos, “nadie tenía que contarles qué era el hambre, o la desesperación, o la muerte de un niño. Nadie tenía que contarles, tampoco, qué era la libertad” (101). En estos capítulos se abordan también las relaciones entre las guerras, el progreso y los procesos de colonización. Allí Rivera Garza se pregunta: “¿cómo surge un pueblo? ¿De qué manera se transforman los merodeos por el lugar en el lugar? ¿Cuáles son las medidas que toma un pedazo de tierra para que todos regresen, una y otra vez, atraídos por una fuerza de gravedad que es a la vez económica y sentimental?” (156).

En “Somos apariciones no fantasmas” la autora le hace preguntas a una fotografía de su abuela Petra Peña Martínez que descubre en un archivo de

manera inesperada y a partir de esta imagen reflexiona sobre los silencios del archivo. Rivera Garza comparte la pieza de archivo con las lectoras y las invita a participar en las interpretaciones e hipótesis de lo que pueden significar los datos que allí aparecen. Añade otra información que ayuda a pensar el material, observa y comenta la minucia. Se para frente a los silencios y los señala, los interroga, intenta poner las distintas piezas en claro. Nos deja con la foto para que sigamos pensando, mientras la abuela nos mira desde el otro lado de la foto, y podemos ver su huella en la firma de la caligrafía elegante de aquella mujer que nadie se explica cómo aprendió a escribir. En otros pasajes, Rivera Garza reflexionará sobre el silencio como una forma de protección de los migrantes. Ese silencio o distancia donde cabe la escritura.

“Arqueología doméstica de la repatriación” y “Terricidio”, los capítulos seis y siete, cuentan el recorrido de repatriación de los abuelos maternos de la autora desde el lado norte de la frontera. Esa frontera que es como una serpiente cascabel que se mueve imprevistamente y amenaza. Esa frontera donde Gloria Anzaldúa también transitó entre los caminos que le abría el algodón y migró buscando la liberación de las explotaciones íntimas y sociales de los dos lados. Allí, en los campos de algodón, Anzaldúa ve cómo desmontan la tierra, cómo la dividen en miles de cuadrados y rectángulos (cf. 172). Retomando sus palabras, Rivera Garza describe el “daño sobre las superficies vivas de la tierra en nombre de la ganancia” (236) y reflexiona sobre la carga material y afectiva de esta destrucción.

En *La literatura y la vida*, Deleuze señala que escribir es una forma de devenir-mujer, devenir-animal, de devenir-algodón, en este caso. La salud como escritura, continúa el autor, “consiste en inventar un pueblo que falta. [...] No escribimos con los recuerdos propios, salvo que pretendamos convertirlos en el origen o el destino colectivos de un pueblo [...] todavía sepultado bajo sus traiciones y renunciaciones. La literatura [...] tiene ese poder excepcional de producir escritores que pueden contar sus propios recuerdos, pero como los de un pueblo

[...] compuesto por emigrantes” (4). Este pueblo no pretende dominar el mundo, sino que es un lugar pequeño, un cruce de caminos como Estación Camarón, Anáhuac o Estación Rodríguez. Un objetivo de la literatura, sigue Deleuze, es “poner de manifiesto en el delirio esta creación de una salud, o esta invención de un pueblo, es decir una posibilidad de vida. Escribir por ese pueblo que falta.” (4). Al narrar estos pueblos, este libro sigue una disposición colectiva de enunciación, una pregunta por el origen que, como señala Cristina Rivera Garza, solo se puede responder con la participación de otros, del territorio vivo y sus marcas, de la materialidad silenciosa del algodón.

Obras citadas

Deleuze, Gilles. *La literatura y la vida*. Traducido por Silvio Mattoni, Córdoba: Alción, 1994.